

JUAN JOSE CUADROS: *Memoria del Camino*. «Provincia», Colección de Poesía. Diputación Provincial. León, 1975, 86 pp.

Pase

—Dios no lo quiera—
lo que pase:
pestes, guerras,
granizos, tempestades,
esto se quedará
como homenaje
a la gente, la buena gente
que pasa por la calle.

Así, palabra a palabra, verso a verso —piedra a piedra—, Juan José Cuadros levanta una Catedral, ya muy lejana «de reinas / y de infantes, / de obispos / y deanes». Paso a paso nos muestra en este libro que el lenguaje puede ser reflejo de los cinco sentidos. Manrique, Don Antonio, muchos genios lo dejaron escrito para ejemplo imperecedero.

Poeta alejado de grupos, parnasillos, tertulias alabatorias, Cuadros nos enseña que, entre otras responsabilidades, en sus entornos capta visiones eternas. El poeta, obligatoriamente, debe «estar observando». Pese a los otros, los extraños a su devenir, para quienes su viaje insaciable hacia un idioma coherente se convierte en obstinada exhibición de su paso por los tiempos «como protagonista». Mas, únicamente instalado tras esta jaula incómodamente sospechosa logrará ensanchar el sentido de sus confesiones. Interviene, sí, como protagonista; pero exigiéndose el diálogo; aunque cada instante creador sea un estallido de soledad, en un obsesivo homenaje a los recuerdos.

Su sarcasmo, pleno de claridad, se encara visiblemente con la lírica encasillada en un *testimonio*—falso testimonio en numerosas ocasiones— dirigido a nadie sabe quién, pero que casi siempre suele resultar la tapadera de una pobreza idiomática. Los poemas de Cuadros, plagados de sensaciones y vivencias, van dirigidos a la gente, a la buena gente. Pero sin grotescas muecas, sin la acostumbrada —e incluso durante algunas etapas sembrada de prestigio— concepción de que «la gente recela de una palabra hermosa». Hoy vemos con claridad que un poema se deforma, diluyendo su sentido artístico, si verso a verso no logra destruir los puntos muertos mediante su verdadera, noble materia: el vocablo. Configurado con «palabras de la calle» —y sabemos que la frase no es válida, pues no sabemos a qué calle, a qué ciudad, a qué país se refería su autor— un poema corre el riesgo de que la *profunda sencillez* deseada por los grandes

líricos caiga en el panfleto, cuando no aparece el discurso evidenciando intenciones no siempre honestas. La temática de «Memoria del Camino» acentúa la sospecha de que, entre la consagrada idea de una obligatoria praxis donde aliente «un compromiso colectivo», el estilo poético, a veces, funciona mediante sacrificar la posibilidad de una comunicación mayoritaria. Pero el poema no comunica más que a ciertos niveles. Sus posibilidades como arma defensiva, opuesta a las cotidianas injusticias personales o colectivas, son nimias. Mediatizar resultados más probables convirtiendo la digna aspiración de toda obra de arte en agarradera donde encuentren justificación a los más desgarradores sentimientos presuntos, desesperanzados, pisoteados lectores, es una muestra de paternalismo, cuando no de egocentrismo y petulancia. Creer que ciertas conciencias a cuyos ralos y animalescos principios todo poeta debe oponerse destruirán sus aristocráticas costumbres conmovidas por *la torturante aparición de un libro de versos*, dirigido a sus hogares lujosos mediante la envoltura de una poética vehemente, pero ramplona, es mostrar una inocencia pueril. Un poema no suele filtrar su flaca carga humana bajo la rendija de algunos cerebros omnipotentes. Lo sabemos: la Poesía es un Arte de difusión enana. Querer hacer del instrumento poético un objeto funcional o un arma «práctica» es un gesto infantil, cuando no enseña babas oligofrénicas. Recapitulemos: cimas como Vallejo, Neruda, o muchos más, no son ejemplos válidos, sino excepcionales casos de poderío verbal. Escribir como estos amorosos seres, defendiendo lo humano, no significa, a priori, que sus obras fueran construidas con un lenguaje mísero. Ni tan siquiera que ellos realizaran sus poemas pensando en el «público mayoritario». Sus estilos, oscuros, de formas peculiarmente personales, aún se convierten en cajas fuertes donde «el pueblo», desgraciadamente, choca. Su éxito «masivo» tiene otras razones menos poderosas que la de sus estilos, generalmente cultos incluso en sus libros más «populares».

Todo ello —lo intuyo— debe habérselo planteado consciente o inconscientemente Cuadros. Yo no conozco otros libros de él —no es «un amigo personal»— pero con éste me ha enseñado su rostro.

No se trata de ser «un Genio», sino de indagar la realidad popular y testimoniar sobre existencias pisoteadas mediante un lenguaje válido. Se trata, por tanto, de construir, de elaborar el poema, con un material *comprometido*.

Veamos un fragmento de su «Explicación en la Sierra de Segura:

*Aquí no somos dados
al taconeo; la alpargata
nunca lleva tacón y, en cuanto a flores*

tenemos la amapola
rabiosa como un beso
último
y la flor chica del olivo,
pues esta tierra es dura
como una madre en guerra
y no se puede padrearla en balde.

Cuadros—ello es evidente—recorre nuestra tierra, la observa con ojos viriles, fervientes. No es un solitario. Bajo sus retinas existen, acumulados, paisajes, piedras, gentes. En sus versos, bajo la memoria, ese estante donde almacenamos vivencias gratas o salobres, se paladea una andadura de hombre lúcido. Sin adulaciones, sin insultos, nos muestra el poderoso cimiento de sus visiones.—JUAN QUINTANA (*Pob. Abs. Orcasitas, bloque 6, núm. 1, 1.º izqda. MADRID-26*).

«MIGUEL HERNANDEZ, RAYO QUE NO CESA», O DE COMO MARIA DE GRACIA IFACH RELATA LAS MUERTES Y VIDA DE UN POETA

Puede resultar difícil criticar, comentar o recensionar un libro. Más aún si ese libro es una biografía, pues entonces la cuestión se convierte en hablar de lo ya hablado, en relatar parte de lo relatado y en decir lo dicho. Peor todavía si la figura biografiada tiene grandes valores en diversas vertientes. O si es y ha sido discutida, aplaudida y negativizada según los sectores. *Miguel Hernández, rayo que no cesa* * es una buena biografía, es una cuidada biografía. Yo diría que es la obra de una mujer que ha tratado a su personaje con esmero, con cariño y a la vez con justicia... que ya es bastante. De Miguel Hernández, decía una vez el poeta Ignacio Sanz Martín: «era un hombre puro». Me pareció ésta una bella definición, suficiente para servir de calificativo. Y la obra de María de Gracia Ifach, tiene el valor testimonial de presentarnos a un poeta, a un esposo, a un padre, a un político que por encima de todo era eso: un hombre puro. Escribo estas notas algo impresionado por la muerte de Luis Felipe Vivanco y por otras muertes y por la aún no comprendida en

* María de Gracia Ifach: *Miguel Hernández, rayo que no cesa*. Plaza & Janés. Barcelona, 1975.

todo su alcance noticia de que las nieves están cerca y cerca están las confusas fiestas de la Navidad. Todas estas pequeñas cosas se iban entremezclando en la vida de Miguel Hernández y así de patética me iba pareciendo su existencia, como si fuera connatural con los humanos el no saber nunca por qué suceden unas cosas y cuáles son los caminos que deberíamos haber escogido para evitar los tropiezos que puedan traer amargura a quienes están cerca. Porque la biografía es, sencillamente eso, un magistral retrato del niño, del adolescente, del pastor, del poeta, del viajero, del hombre... Con su rebeldía total, con su deseo de nuevas presencias, con sus sentimientos puros e invariables, con su esperanza siempre puesta en los demás hombres: esperanza que nacía simplemente de un convencimiento pleno de haber obrado correctamente, impulsado por unas justas causas y amparado en un deseo correcto de mejorar lo cotidiano, lo mejorable.

Consta el libro de cinco partes, unas más extensas que otras, todas ellas configuradoras de distintas etapas de la vida del poeta. Así, la primera relata con precisión la niñez (1910-1925), como la segunda se ocupa de la adolescencia y pastoreo, abarcando hitos importantes que culminarán en la concesión de un premio que «aunque modesto, aumentó la fe que Miguel comenzaba a tener en sí mismo, alentándole más a salir de Orihuela y la decisión de marchar a Madrid tomó cuerpo de realidad, contra viento y marea». Esta parte está llena de recuerdos, de añoranzas, de datos facilitados por la esposa del poeta y por los amigos que lo trataron en la época. Aparece como un mundo de maravillas, donde, con el centro de la poesía y las ilusiones de la adolescencia, se desarrolla la vida de un hombre sin más protección que su fe en algo desconocido y latente en su corazón, ese algo indefinido que se llama futuro, o porvenir, o gloria y que suele resultar trágico o, cuando menos difícil, angustioso. Surgen nombres, voces, lugares: la tahona de Carlos Fenoll, a modo de pórtico de la gloria y como escenario impresionante donde la vida parece de otro color; los amigos, muchos de las cuales aún viven, entre los que destaca el citado y sobre todo su hermano Ramón Sijé, hombre que muerto a una edad temprana dejó ya una obra ingente y culta; también Jesús Poveda, José Murcia, Sansano, Abelardo Tueruel, José María Ballesteros, y otros como Vicente Ramos, Juan Guerrero, etc., todos ellos agrupados en torno a la figura del oriolano ilustre Gabriel Miró, aquel que transformó una ciudad en parte de la historia literaria del país; aparecen los mayores, protectores de Miguel: José Martínez Arenas y Luis Almarcha entre otros y los